

Biografías para niños

LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

Martín Luis Guzmán nació en Chihuahua en 1887. Teniendo en cuenta que estamos en el año 2017, si viviera ahora sería muy viejito, viejito, viejito. Murió en la Ciudad de México cuando iba a cumplir 90 años, es decir, ya estaba viejito; por fortuna para los que lo rodeaban, nunca dejó de trabajar, de ser amable y cordial. Sus nietos se alegraban de que tuviera la mente clara, despejada y despierta, y de que además de jugar con ellos les contara sobre lo que había presenciado tanto en México como en las ciudades que conoció, porque vivió fuera del país varias veces.

Parecería curioso que naciera en el norte del país, si su padre, el coronel Martín Luis Guzmán

Rendón, era de Yucatán, en el sur. Esto fue así ya que, por ser militar, don Martín andaba de aquí para allá, según se lo ordenaban sus superiores. Por allá conoció a la chihuahuense Carmen Franco Terrazas y se casó con ella. En la fotografía de la boda del coronel, la novia se ve mucho más joven que él: una muchachita de mirada penetrante con un vestido lleno de tules y encajes que resalta su delgadez.

Padre e hijo se llamaban igual, sólo que el padre siempre fue conocido como Martín a secas, o Martín L. en los documentos oficiales.

De su papá, Martín Luis heredó los ojos claros y expresivos, y la lealtad, el orden, la disciplina y el gusto por la música; y de su mamá, el amor por la naturaleza, la rectitud y el gusto por la lectura.

Él mismo lo expresó así cuando le preguntaron cuáles habían sido sus mayores influencias:

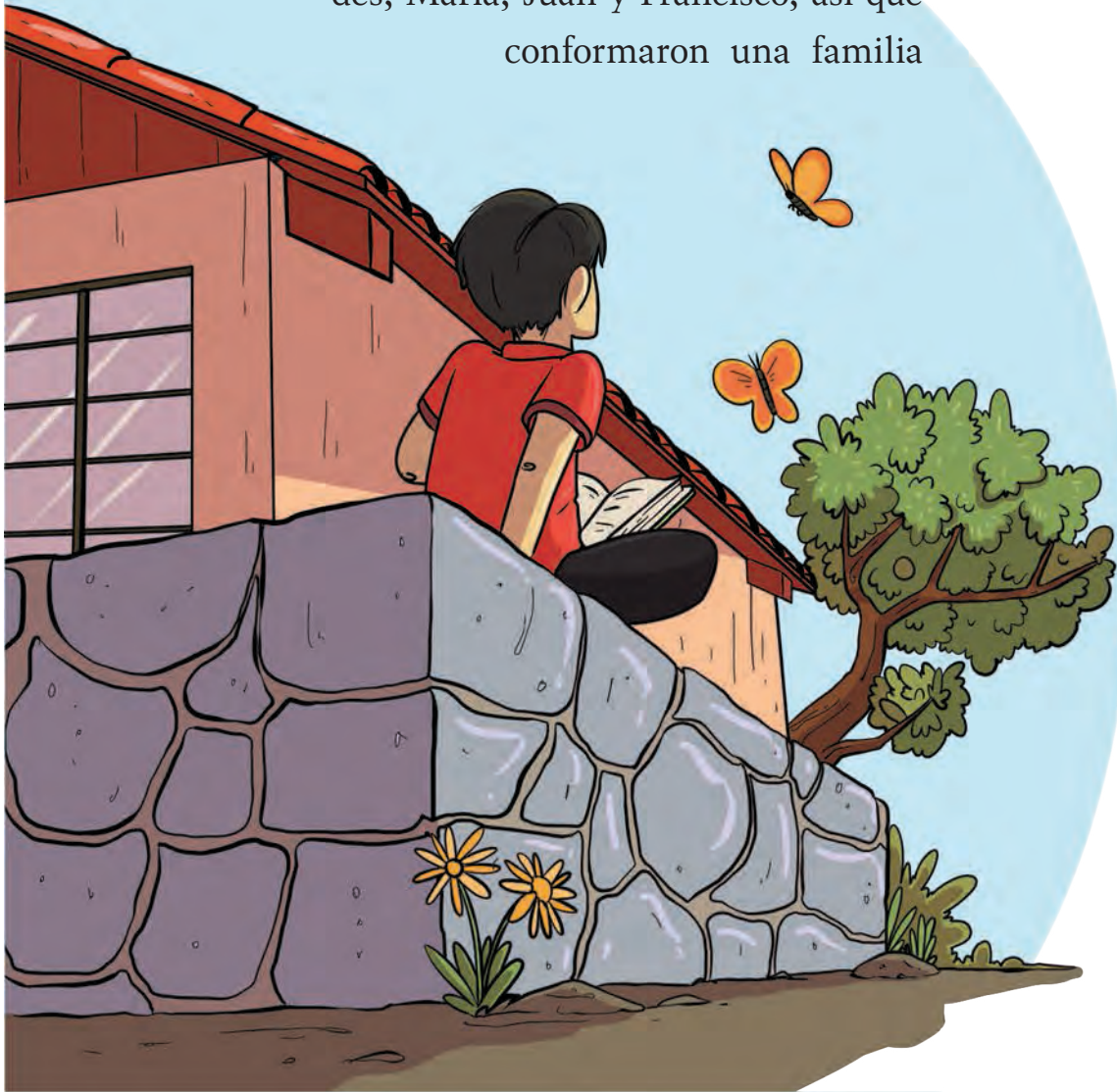


Las de mi padre y mi madre. Mi padre en la entereza de la voluntad, en el concepto estricto del deber, en la decisión de hacer, en la obligación de ser justo y en la capacidad para considerar cosas inseparables la



bondad de los actos y la alteza con que éstos se realizan en su propósito. De mi madre, la sensibilidad ante lo bello y la inclinación a sentirlo y expresarlo. Estas dos influencias nunca me han abandonado, cada una a su hora.

Tuvo seis hermanos: Carmen, Manuel, Mercedes, María, Juan y Francisco; así que conformaron una familia



grande, difícil de mantener con el sueldo de un militar.

De adulto, Martín Luis tuvo que escribir un discurso al entrar en una institución llamada Academia Mexicana de la Lengua, y comenzó a hablar de su niñez, la cual transcurrió en Tacubaya, porque habían trasladado a su padre a la Ciudad de México cuando él era muy pequeño (tenía dos meses de nacido). La familia Guzmán llegó a Tacubaya cuando todavía era un pueblo cercano a la Ciudad de México, y lo que había era un campo lleno de vegetación, con árboles frutales y flores. Ese ambiente campestre, arbolado y con riachuelos, le encantaba. Dijo, por ejemplo, que:

Tacubaya era entonces una villa rústica y señorial. No conocía el drenaje en sus calles ni el alumbrado eléctrico bajo sus techos, pero, en cambio, se deleitaba mirándose a sí misma en la belleza de sus calzadas y sus fuentes y en la lozanía de sus alamedas y sus parques, pues nada suyo carecía de luz. Florida toda ella, por sobre las tapias y las verjas de sus casas, chicas o grandes, se desbordaban los floripondios y las bugambilias, y al abrirse sus portones más anchos o sus postigos

más estrechos, se mostraba inmediata la visión, fresca y umbrosa, de algún jardín.

Martín Luis escribía desde niño; y tanto se empeñó que llegó a ser escritor, un magnífico escritor y periodista. De hecho, una de sus principales cualidades fue la de escribir muy bien, aunque tal vez nunca pensó que su obra perduraría.

Entre todos sus libros, hay dos que se siguen leyendo desde hace varias generaciones, no sólo porque están muy bien escritos y “te picas” leyéndolos, pues parece que te está platicando, sino porque cuentan momentos importantes de nuestra historia, momentos que todos debemos conocer. Uno de ellos se llama *El águila y la serpiente* (como el escudo), en el cual habla de la Revolución mexicana, pero concretamente sobre la rebelión delahuertista, que fue el levantamiento de Adolfo de la Huerta contra Obregón y Calles, pues él quería ser presidente. Tiene un tono autobiográfico y busca desentrañar lo que pasa en el interior de la política y los hilos que la mueven. El otro libro es *La sombra del Caudillo*, en el que cuenta cómo mu-

rió el general Francisco Serrano, quien se oponía a que Álvaro Obregón fuera nuevamente presidente de México. Ahí se explica que los mexicanos habían hecho la Revolución para que Porfirio Díaz no se volviera a reelegir. En aquel entonces los jóvenes tenían muy grabada la frase “no reelección”. El mismo Martín Luis fue político y llegó a ser senador de la República. Utilizó la literatura para denunciar



la corrupción y para analizar los sucesos. Siempre se interesó por la vida política y la historia del país.

En Tacubaya, un paisaje inolvidable para él, tuvo una plácida niñez y cursó sus primeras letras en una escuelita que administraba la Congregación Hijas de María Inmaculada. Después pasó a un colegio gratuito, hasta que una noche, cuando tenía 11 años, su padre anunció que la familia, compuesta entonces por cinco hijos, se iría a Veracruz, donde Martín Luis terminó su primaria e hizo parte de la secundaria.

El mar lo deslumbró, no lo conocía. Por las tardes después de hacer su tarea, iba a jugar a la playa con sus amigos y se quedaba embobado viendo cómo el cielo adquiriría los tonos rojos en las puestas del sol.

En Veracruz, Martín Luis marcó su destino cuando hizo un periodiquito con sus amigos de la escuela, que al parecer era sólo de una página. Lo llamó *Juventud*, y fue su primer proyecto periodístico de los varios que habría de fundar en su larga existencia; de todos ellos el más duradero sería una revista que bautizó con el nombre de *Tiempo*.

Se recuerda mucho a Martín Luis Guzmán no sólo como gran escritor de novelas, también por su vocación periodística y por su afición a dar cuenta del acontecer nacional. De hecho, la noche que murió (en 1976) estaba trabajando en su oficina de la revista *Tiempo*.

Pero regresando a su juventud, en 1903 la familia se despidió del puerto veracruzano y regresó a la Ciudad de México, donde Martín Luis ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria. En esa época se hizo aficionado al cine, llamado entonces cinematógrafo, y a las largas caminatas que le servían para conocer la ciudad. Y encontró en la enseñanza liberal de la preparatoria, es decir, en aquella enseñanza generosa, abierta, tolerante, que promovía la libertad, un cielo inmenso lleno de posibilidades para la creación.

LA JUVENTUD

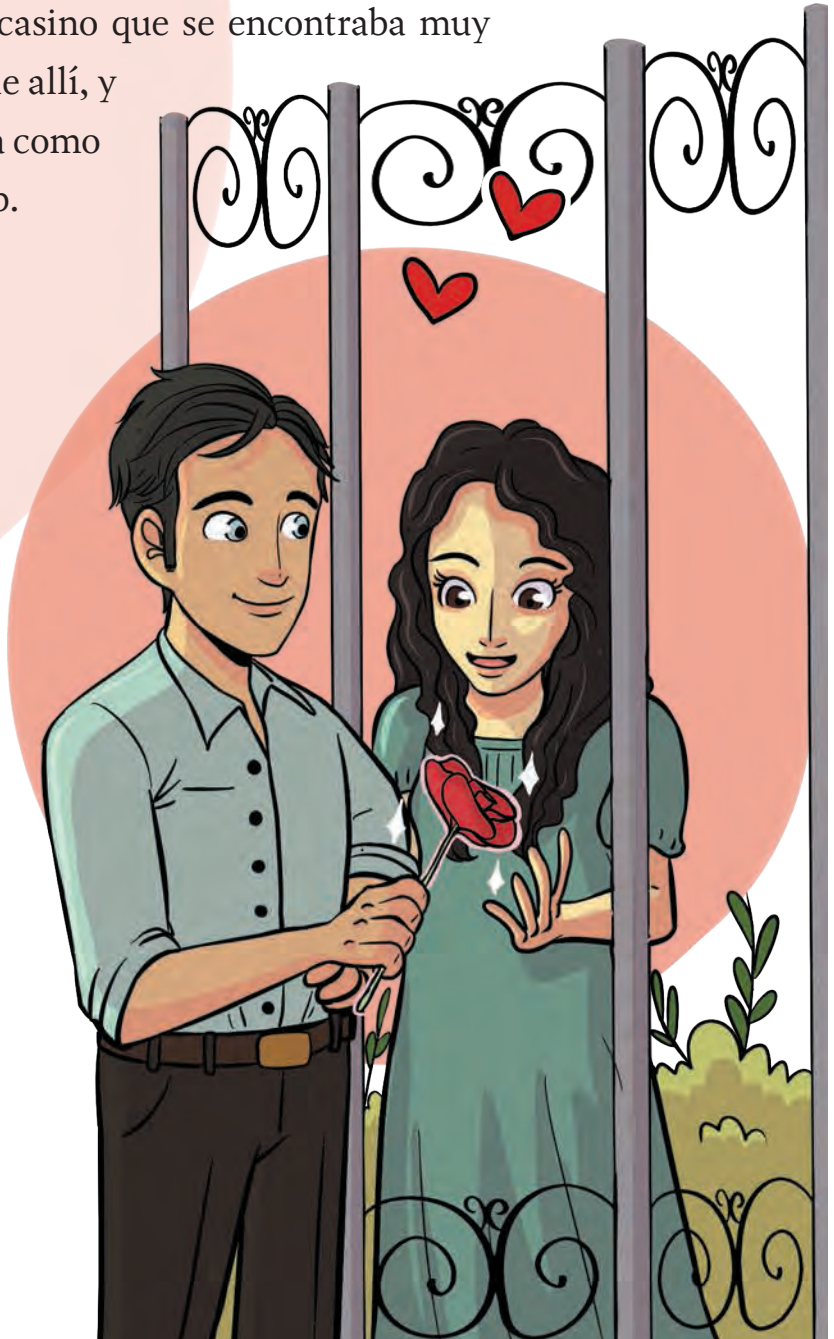
De niño quería ser religioso, quizá por la devoción de su madre y la influencia de sus maestras; sin

embargo, en Veracruz cambió de idea y en la Ciudad México se inclinó por la abogacía, pero tuvo que terminar primero la preparatoria. Ya en 1905, lo que más hacía era leer cuanto le caía en las manos, no importaba qué fuera. Había descubierto el placer de la lectura.

Al año siguiente, en una comida en el entonces pueblo de Tlalpan, vio entre los invitados a una chica delgadita de nariz recta y pelo rizado, de 14 años, que le encantó. Se llamaba Ana y era hija de un inglés llamado William West que había venido a trabajar a México, donde se enamoró de una mexicana y del país, y aquí se quedó. Ana bailaba precioso, era alegre y sonriente. Martín Luis tenía apenas 19 años, era un muchacho bien parecido y educado, lleno de planes, que no sabía bailar y no le gustaba tomar, pero que se reía a carcajadas y quienes lo escuchaban se contagiaban de su risa.

A partir de entonces, Martín Luis visitaba a Ana en Santa María la Ribera, después de sus clases en la prepa. Era simpática su situación, porque sólo platicaban a través de una reja, como se usaba que se vieran los novios en aquel tiempo. Como él

permanecía en la calle, veía pasar a varios de sus compañeros cuando iban a las conferencias que un grupo de jóvenes y adultos impartían en el salón de un casino que se encontraba muy cerca de allí, y que era como un club.



Esos jóvenes pertenecían a la Sociedad de Conferencias y Conciertos, que había surgido por el interés de un arquitecto llamado Jesús T. Acevedo y era dirigida por un poeta y líder estudiantil antirreeleccionista llamado Alfonso Cravioto. Este último estaba en contra de que se reeligiera otra vez Porfirio Díaz, quien se estaba haciendo viejito en la silla presidencial.

De tanto verlos caminar hacia el casino, al teatro del Conservatorio Nacional y a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y de tanto escucharlos hablar de las conferencias, una tarde Martín Luis decidió ir. Ahí encontró a algunos compañeros suyos: Alfonso Reyes, Antonio Caso y Pedro Enriquez Ureña, quien era dominicano. Eso fue en 1907, pero el grupo no duró mucho tiempo.

De todos sus amigos de la preparatoria, con el que mejor se entendió, pero siempre tuvo diferencias fue con Alfonso Reyes; quizá se sentían cercanos porque sus padres eran militares y porque tenían las mismas inquietudes por el conocimiento y la literatura. Y se distanciaban porque a veces tenían ideas muy contrarias.

Los dos comenzaron su carrera intelectual más o menos al mismo tiempo; pero Martín Luis tuvo serios problemas económicos cuando su padre estuvo en la cárcel militar, y tenía que mantener a su mamá y a sus hermanos. Trabajaba en lo que podía: lo mismo enseñaba dibujo que cuidaba a los alumnos o ayudaba a los maestros. Lo que le entrara al bolsillo era bueno y trataba de distribuirlo de la mejor manera posible. Por eso, quizá, era reservado y silencioso.

Se había inscrito en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Allí encontró a los que serían sus mejores amigos: Antonio Caso, que después fue filósofo, a quien ya conocía desde antes; José Vasconcelos, quien posteriormente lucharía por la educación y quiso ser presidente de México; el ya mencionado Alfonso Reyes, su amigo desde la prepa y que sería un escritor respetado y un diplomático reconocido; Carlos González Peña, quien escribiría libros y artículos periodísticos interesantes; y a Pedro Henríquez Ureña, ese muchacho dominicano que se hizo escritor y tuvo mucha influencia en los jóvenes de varias generaciones, y que a él lo ayudó mucho.

Todos ellos pertenecían al Ateneo de la Juventud, una institución que les enseñó a reflexionar sobre varios temas, que los hizo fieles a una vocación, que les regaló el amor a su oficio y el repudio a la improvisación, según dijo el mismo Guzmán; ahí ofrecían conferencias y exposiciones. De ese lugar salieron varios hombres que tendrían puestos importantes en el gobierno del país.

Pero la verdad es que, a pesar de sus amigos, no aceptaron de inmediato a Martín Luis en el Ateneo por varias razones; entre ellas porque había asistido a una reunión reeleccionista donde anunciaron que daría una conferencia; también porque desconfiaban un poco de su capacidad.

Desesperado por su situación y enojado por la del país, decidió casarse con Ana West sin contarle a sus amigos, e irse fuera de México. Su padre había salido de la cárcel sin cargos. Martín Luis tenía 21 años y Ana acababa de cumplir los 17, pero supo comprenderlo al punto de aguantar todos los viajes al extranjero que tuvo que realizar por razones políticas. Ella amaba a su esposo y se divertía mucho con él porque era inteligente y muy in-

quieto. Tuvieron tres hijos: Martín Luis, el mayor; Hernando, el segundo; y Guillermo, el pequeño.

Guzmán había conseguido un empleo como “escribiente” del Consulado de México en Phoenix, Arizona. Allá nació su hijo Martín Luis, llamado como él y el abuelo. De pronto, tuvo que regresar a México por la gravedad de su padre que había sido herido en una batalla, y decidió ya no volver a Arizona, a sufrir el calor, la sequedad y las malas condiciones; así que renunció formalmente a su trabajo.

Mientras encontraba una labor digna de su experiencia, volvió a dar clases de dibujo y trabajó en la biblioteca. Tenía 23 años, una esposa de 19 y dos hijos pequeños, pues ya había nacido el segundo.

LOS EXILIOS

A su regreso a México, Martín Luis sufrió varios contratiempos: Murió su padre y luego uno de sus hermanos; después mataron al general Bernardo

Reyes, padre de don Alfonso, porque quería derrocar a Madero y tomar el mando; poquito después, Victoriano Huerta asesinó al presidente Madero y a su vicepresidente, José María Pino Suárez.

Así que una noche decidió dejar el país. Navegó a La Habana y de ahí a Nueva York. Iba furioso contra el presidente asesino: Victoriano Huerta. Pero estuvo poco tiempo en Nueva York y regresó a México, donde supo que Alfonso Reyes había hecho un escrito burlándose de él, donde lo bautizaba Estrella de Oriente. Y lo peor fue que sus amigos eran apresados por ser contrarios a Huerta. Ya puestos en libertad, éste los amenazó, por lo que empezaron a salir del país.

Las condiciones durante el gobierno de Huerta cada día eran peores, al grado de que enviaron a la cárcel a 69 diputados. Fue entonces cuando Martín Luis decidió volver a salir de la capital, junto con el arquitecto Pani. Llegaron a la Habana con la ayuda de amigos y de allí partieron hacia Estados Unidos. En San Antonio, Texas, los recibió José Vasconcelos, alentándolos para pelear al lado de Francisco Villa. Regresó nuevamente a México,

esta vez al norte del país, donde tuvo la oportunidad de ser consejero de Pancho Villa y de tratar a otros muchos generales de la Revolución. Así, Martín Luis anduvo entre la tropa y conoció a Venustiano Carranza, quien ya era el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Peleaban para quitar del poder a Victoriano Huerta y para poner en orden el país. Martín Luis estuvo en el norte, al lado de los revolucionarios, de noviembre de 1913 a julio de 1914.



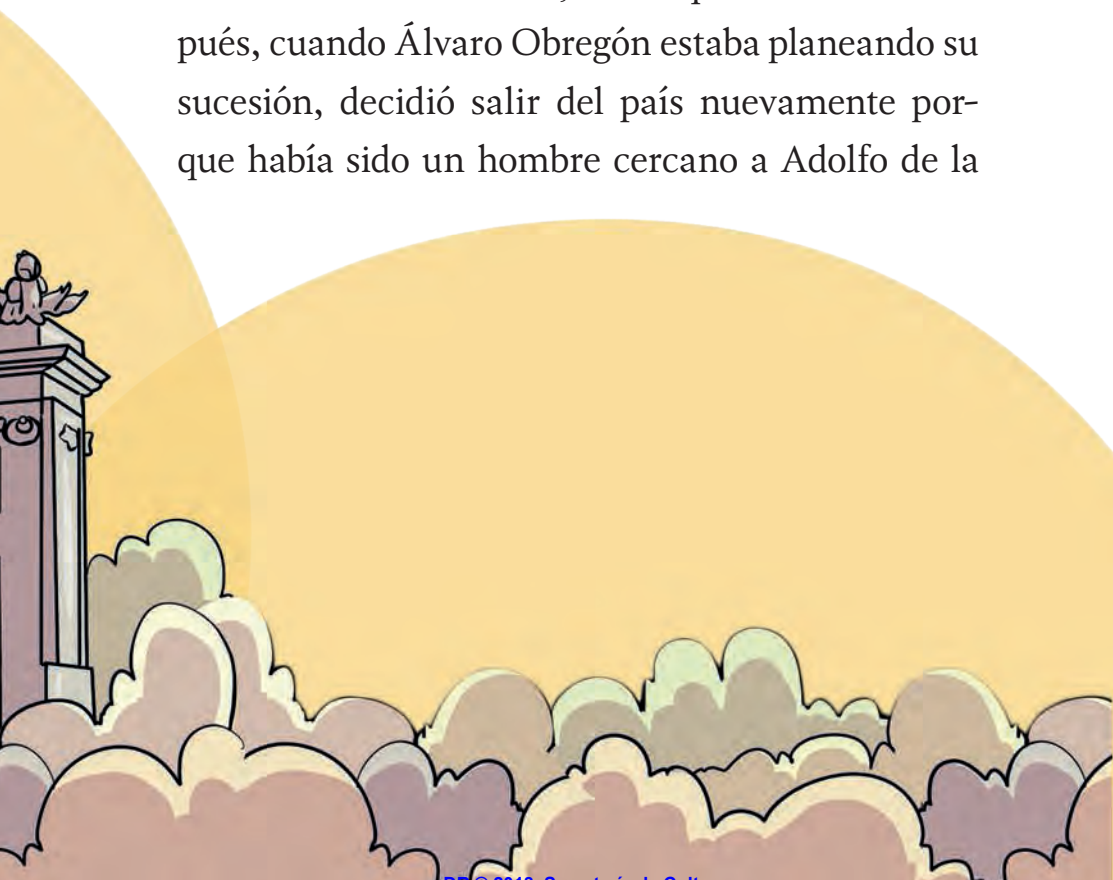
Cuando regresó a la Ciudad de México, con Carranza ya en el poder, todos los villistas fueron apresados, incluido Guzmán, quien saliendo de prisión decidió irse del país de inmediato. Entonces tenía el grado de



coronel, como su padre, lo que debe haber sido para él un gran orgullo. Se lo habían dado los generales Lucio Blanco y Francisco Villa.

Se fue a Nueva York, luego a París, de París a Madrid y de Madrid volvió a México en 1919. A su paso por todos esos lugares hizo periodismo, era algo que estaba en su corazón y no podía desechar.

En 1920 Alberto J. Pani fue designado secretario de Relaciones Exteriores y se lo llevó a trabajar con él. Estuvo contento, hasta que tres años después, cuando Álvaro Obregón estaba planeando su sucesión, decidió salir del país nuevamente porque había sido un hombre cercano a Adolfo de la



Huerta, quien tenía ideas semejantes a las suyas. Volvió a Madrid y ahí se quedó más de diez años, escribiendo sus novelas, publicando en revistas y periódicos, y dirigiendo dos periódicos españoles. También fue amigo muy cercano del primer presidente de la Segunda República Española, Manuel Azaña, quien decía que Guzmán entendía mejor que él la política española.

OTRA VEZ MÉXICO

Regresó a México en 1936, gracias a que el presidente Lázaro Cárdenas le había garantizado que no le pasaría nada. Entonces se dedicó nuevamente al periodismo. Fundó junto con un amigo suyo una editorial que al mismo tiempo era distribuidora de libros, y después la Compañía General de Ediciones. Fue también senador de la República, director nacional de la Comisión de Libros de Texto Gratuitos y director de su revista *Tiempo*.

Martín Luis Guzmán murió dos días antes de la Navidad de 1976. Fueron tan importantes sus

acciones y sobre todo lo que hizo por el país, que fue velado en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, privilegio que pocos alcanzan. Octavio Paz dijo de él que era “El escultor de la prosa”.



Pocos como él escribieron tan bien; pocos como él se atrevieron a tocar los temas que tocó y denunció; pocos como él trabajaron en el periodismo para comunicarnos la vida política del país.



